VISION SENTIMENTAL DE BOLIVIA *

POR

MARIA EUGENIA DEL VALLE DE SILES

En la evocación que me propongo ofrecer en las páginas que siguen, sólo habré de referirme a los motivos que componen mi visión sentimental de Bolivia; he descartado deliberadamente aquellos puntos que se relacionan con la situación política, con los problemas económicos o con la cuestión social del indio, pues éstos son temas que han sido ya estudiados repetidas veces y sobre los cuales pueden encontrarse toda clase de datos en publicaciones especializadas. Las reflexiones siguientes obedecen en cambio a la consideración de que más interesante sería, en una ocasión como ésta, dar a conocer mi experiencia personal al entrar en contacto con la vida boliviana. Esta experiencia está enfocada desde un ángulo sentimental puesto que mi deseo no consiste en otra cosa sino en presentar algunos brochazos del itinerario que me tocó seguir al irme adentrando en el alma boliviana.

Mis recuerdos de Bolivia están íntimamente vinculados a mi matrimonio, de ahí la nota sentimental que los envuelve. Desde mi noviazgo, había hecho una primera aproximación intelectual a Bolivia leyendo su historia, estudiando su geografía, interesándome en sus novelas, apreciando reproducciones de sus paisajes. Pero lo que así había conocido, no era mío todavía: necesitaba vivirlo, es decir, convertirlo en experiencia, y eso sólo se produjo al ir allí, al tomar posesión de Bolivia y dejar que ella se apoderase de mí.

No sé hasta qué punto mi visión no esté comprometida; puede no estarlo, en cuanto es la visión de una extranjera que, siendo hispanoamericana, es chilena, y quiere bien a su tierra, pero sí lo está porque también soy boliviana, tengo pasaporte y puedo sufragar, y tengo derecho a serlo puesto que soy mujer de boliviano y madre de bolivianos, y fuera de esto, que puede tener un tinte jurídico, ocurre que siento a Bolivia muy hondamente; está ella tan unida a las circunstancias decisivas de mi vida, que no puedo menos de sentirla integrando mi dicha.

---

* El texto que aquí reproducimos fue leído por su autora en el curso de un ciclo de conferencias organizado por el Centro de Estudiantes Bolivianos de Madrid.

Tal vez esto dio un carácter especial a mi primer encuentro en el que me entregué tan por entero al encanto del ambiente, del paisaje, de los habitantes, no viendo por eso sino las cualidades que todo aquello podía encerrar; pero más tarde he vuelto muchas veces, permaneciendo largos meses allí y, naturalmente, ya estaba en condiciones de apreciarlo todo con más calma, con más serenidad, más equilibradamente. He captado en forma posiblemente más certera la índole de su pueblo, los aspectos negativos de algunas de sus costumbres y el lado duro de su vida y de su paisaje. Pero esto sólo ha contribuido a que me sienta más incorporada a Bolivia. Es como en el matrimonio, donde al ciego enamoramiento inicial sigue el tranquilo amor que conoce, comprende y aprecia, y que por lo mismo es tal vez más hondo.

Recibí mi primera impresión en un verano, algo lejano ya; inicié mi viaje partiendo de Arica, con la vista impregnada en la belleza de un mar muy azul, impresión que lentamente se fue disipando, sofocada por la arena del desierto, que sólo perdió su monotonía ante la exuberancia del valle de Azapa, con su nota de increíble verdor en medio de la masa gris amarillenta del contorno. A medida que subíamos, las desérticas dunas cedían su lugar a escarpadas formaciones montañosas que, una vez remontadas, daban paso a la altiplanicie andina. A poco andar se nos anunció la frontera; cambiaban los emblemas, la fisonomía de los agentes de policía y la modulación del acento castellano, pero el paisaje seguía igual, sólo que el frío se hacía intenso y aumentaba la nieve en las cumbres. Pero en aquel ambiente había ahora algo distinto: era la presencia del indio, deslizándose por aquellas planicies para pastorear pequeños rebaños de ovejas, recoger *yareta* o conducir el agua por insospechadas acequias, resultaba fuertemente arraigado a la tierra, como formando parte de ella misma. Ya en la frontera, a pesar del frío, no pude menos que descender del tren a fin de cumplir mi deseo de pisar tierra boliviana; en un gesto muy espontáneo, cogí un puñado de tierra, lo oprimí en mis manos y acercándolo a mis labios, besé en ella a la nueva patria que hospitalariamente me acogía.

Era lugar común para mí la semejanza tantas veces mencionada entre el paisaje de Castilla y el del altiplano boliviano; por momentos yo también la veía; pero, sin embargo, para mí aquello no era Castilla. Frecuentes cursos de aguas claras daban tonos diferentes a la tierra, que allí cobra otro color por la amplitud inmensa de una extensión sin horizonte, en que el aire es tan puro y el cielo tan azul, que obligan a la tierra a perder algo de sus tonos amarillos para tornarse un tanto acerada y mineral. Castilla es más cálida, no tanto tal vez en

grados térmicos, pero sí en ambiente; el altiplano es frío, asolado por el viento, tiene más aspecto de páramo, y acaso por ello mismo es menos acogedor; cruzándolo, tuve conciencia por primera vez de lo que era una meseta, puesto que las montañas que la enmarcaban, cuya altura yo sabía era de cinco o seis mil metros, parecían apenas elevarse del terreno. También allí sentí por primera vez el fenómeno de la altura; creyendo que había algo de leyenda en las consecuencias que se le atribuían, no tuve reparo en correr en las estaciones como medio de ahuyentar el frío; pero cuando sentí que el corazón me estallaba y mis sienes zumbaban, me rendí a la evidencia de sus temibles efectos. Mi imprudente agitación me hizo comprender asimismo la gravedad y mesura del caminar de los indios y del andar de las llamas. ¡Estampa maravillosa la de este animal que con su estilizada silueta complementa el colorido que ofrecen los campesinos, con sus *aguayos* y polleras, única nota de cálido cromatismo en la monotonía de ese paisaje!

Y así, sumida en la observación de aquel paraje, extraño para mí, pero al mismo tiempo intensamente atractivo, pasaron las horas sin sentir, hasta que de pronto y en la forma más inesperada apareció ante mi vista una inmensa oquedad casi imposible de adivinar en aquella extensión que parecía no terminar nunca, y, en ella, desplegada la ciudad de La Paz. ¡Todavía está grabada en mi retina la visión inolvidable de aquel conjunto urbano! Vinieron a mi memoria, de inmediato, las descripciones con que James Hilton pintaba su encuentro con aquella misteriosa ciudad tibetana de Shangri-La.

Desde la altura, la diafanidad del aire me dejaba percibir claramente cada casa, cada calle, edificios, campanarios y la circulación de vehículos y personas. En su lento descenso, el tren iba describiendo círculos en torno a la ciudad, la cual más que nunca me daba la impresión de haber florecido en el fondo de un gigantesco cráter. Con el descenso, aquellas construcciones diminutas fueron cobrando su tamaño natural, y la atmósfera fué llenándose de sonidos: primero, un bullir indistinto de ciudad y, luego, algo más diferenciado que permitía captar bocinas, gritos de niños, pregón de mercancías y voces de los transeúntes. Y, mientras tanto, nerviosa y con cierta inquietud, iba yo adentrándome en todo eso. Por fin ya la estación y la sensación deliciosa de llegar a una ciudad extraña sin ser turista, de ser esperada allí, no por un guía oficial, sino por una familia que sería la mía; poco a poco iba reconociendo los rostros de los que tantas veces había visto en fotografías y que me esperaban con los brazos abiertos para incluirme para siempre en su clan.

Salidos ya de la estación, subimos al coche y empezamos a desli-

zarnos por aquellas calles estrechas de tanto colorido, con su arquitectura tan típicamente americana del novecientos, de elegantes balcones y vidrieras. Más allá, calles más antiguas, la época colonial asomando y dejándome adivinar su belleza y personalidad; no muy lejos, aparecían barrios indígenas con todo el encanto y desencanto de su variado tipismo; lucía allí todo el vivo colorido de la vestimenta local, de los productos ofrecidos en el suelo, ordenados sobre los típicos aguayos aimaras, sin que faltara el espectáculo de las fritangas de pescado ni el de la venta de chorizo con *aji* ni las sabrosas mazorcas de maíz.

En el conjunto, algunas calles nos llamaban más fuertemente la atención; así, la calle Sagárnaga, que se empina esforzadamente por el cerro, y, trepando por ella, gente de los más variados tipos, que compraban y vendían en curiosísimos tenduchos objetos de plata, tejidos, máscaras, trajes regionales; todos estos objetos colgaban hacia la calle, donde las polleras de tonos brillantes, movidas por el viento, parecían aquellos trompos que al bailar entregan los mil matices que producen sus colores. Y, en la esquina, San Francisco, la maravillosa iglesia virreinal, con su elegantísima fachada y su variada estructura, que desde lo alto de la calle dejaba ver el encanto de sus techos de tejas formando todo un poema de torrecillas, bóvedas, cúpulas y canterías. En el frente, la simplicidad de su línea arquitectónica, sólo interrumpida con el encaje de su pórtico barroco, labrado por el artífice indígena, cuya huella personal quedó allí presente. Y luego, la ciudad moderna, de hoteles elegantes, cines, edificios sin concluir, cafés, restaurantes; el paseo del Prado, la plaza del Estudiante, la Universidad, lanzada al espacio —curiosa concepción vertical de un plantel universitario—; en seguida, la avenida Arce, con sus hermosas mansiones, palacetes que alternan el estilo clásico francés con los elementos tomados de la rica y señorial arquitectura de la Colonia. Más abajo, Obrajes y Calacoto, lugares bellísimos en que mucho más que sus chalets de lujo, me llamaba la atención la fuerza incomparable de su paisaje, donde el verde de sus parques se perdía en el gris de las rocas, que lentamente se iban haciendo montañas de paredes escarpadas y contornos extraños; la imaginación podía encontrar allí toda una gama de formaciones fantásticas. El atardecer fue adornando todo aquello con la más rica escala de colores, resultando panoramas tan inesperados para mí que no podía menos de lanzar exclamaciones de entusiasmo. Al llegar la noche, aquel embudo en cuyo centro estábamos, fue ensombreciéndose para dar paso a las luces que como estrellas fueron tachonando sus laderas, para convertir aquello en otra impresión totalmente nueva para mí; tenía yo la expe-

riencia de cielos iluminados, en Valparaíso y algunos puertos de la costa mediterránea, pero una ciudad encendida no ya en sentido horizontal, sino en plano inclinado y totalmente cerrada, era un espectáculo que nunca se había ofrecido a mis ojos. A eso se sumaba una noche despejadísima, cubierta de estrellas; y no se tenía plena seguridad de si las luces se habían escapado al cielo o si las estrellas se habían incrustado en la tierra.

Esa fue mi llegada a La Paz, ese fue mi primer contacto con Bolivia. Tenía tal cúmulo de impresiones, estaba tan saturada de emociones, de belleza, de novedades, que no era capaz casi de hablar; un nudo apretaba mi garganta y crispaba mis nervios, que sólo pudieron calmarse con el calor, la alegría y el cariño con que mi nueva familia me rodeó aquella velada, mi primera noche boliviana.

En aquel verano, y más tarde, en otros viajes que hice a Bolivia, recorrí otras regiones del país, por supuesto no todo lo que hubiera querido mi incontenible curiosidad, porque siempre la espera de un nuevo hijo limitaba prudencialmente mis andanzas. En uno de esos recorridos llegué a Copacabana, junto al lago Titicaca, pueblito de ensueño en que se mezclan y entrelazan lo hispano y lo indígena produciendo regias casonas algo derruidas ya, junto a otras más pequeñas, en las que no falta el gracioso y encalado patio; calles estrechas y empedradas las flanquean, yendo a desembocar en las huertas que bordean el lago. El pintoresco cuadro se completa con los techos de teja o de paja, los totorales junto a la ribera, los curiosos barquitos de junco o los grandes lanchones que al atardecer se internan en el lago proyectando sus velas en el azul de las aguas, confundido con el azul del cielo. Al centro de la población se alza el santuario a la Virgen de Copacabana, a la vista del cual me sentía trasladada a la época plena de fe y de espíritu creador en que se inició su culto. Visitando el interior del templo, pude comprobar la riqueza de la orfebrería virreinal, la prolijidad de la artesanía mestiza y la simplicidad y hondura con que especialmente la población indígena venera a la Madre de Dios.

Yendo hacia Copacabana pude conocer también el magno testimonio de la antigua grandeza aimara que se conserva en las ruinas de Tiahuanacu, donde monumentos como la famosa puerta del Sol y otros ídolos y monolitos atestiguan el paso y la perennidad de aquellas antiguas culturas.

En otra ocasión, el rumbo fue muy distinto, pues nos dirijimos a los Yungas, zona que iniciando el descenso de la altiplanicie hacia los llanos del Oriente, constituye, a mi ver, uno de los parajes de belleza más imponente que pueda darse. Nunca había visto montañas que

siendo tan abruptas pudieran encerrar una feracidad igual. Nada más impresionante que aquellos precipicios de más de mil metros, en que una lujuriosa vegetación oculta los peligrosos acantilados y las temibles caídas. Labrado en la roca, un camino estrecho que sólo puede circularse en un sentido, va llevando al viajero hacia el interior, mientras desde el vehículo se siente uno a veces suspendido en el espacio, sintiendo el vértigo que irresistiblemente nos hace mirar al fondo del abismo. Allí, lejanísima, se percibe la cinta de plata de un río serpenteando por entre roqueríos y selvas. Una humedad constante, lluvias torrenciales y furiosas descargas eléctricas completan este cuadro, originando curiosas formaciones de nubes, desgarradas por la fuerte luminosidad del trópico. Repentinamente, en la cima de una montaña, aparece Coroico, impresionante pueblo en que se diría que el tiempo se ha detenido. Todo transcurre allí como cuando el caserío nació, conservando sus calles, sus viviendas, sus plazas, el mismo aspecto, encanto y ritmo de entonces. Allí también vi por primera vez negros en Bolivia, los cuales trabajan la tierra junto con los indios, conviviendo de tal modo con éstos que hasta han tomado sus formas de vida, sus trajes y su lengua. Fue ésta para mí una demostración concluyente de la fuerza de atracción que lo indígena ejerce en Bolivia, hasta el punto de asimilar a sus propias tradiciones a una raza tan diferente y ajena.

Mi itinerario me llevó en otras ocasiones a gozar del dulce atractivo de Cochabamba y de sus valles. Ya no era aquí ni la tradición histórica ni la arquitectura, las que me hacían vibrar. Era ahora la singular simpatía de una población alegre y hospitalaria, entregada a sus afanes agrícolas, la que me hizo disfrutar inolvidables paseos al campo y veladas gratísimas en patios enmarcados por arcos y flores. En las mañanas, la infaltable ida al mercado me hizo conocer aspectos pintorescos y amables de la vida boliviana. Y en las tardes, el paseo por su hermosísima plaza, flanqueada por airosos soportales, terminó por comunicarme el encanto que emana de la vida cochabambina.

Por otras razones, en cambio, me impresionó Sucre; aquí lo que vibró especialmente fue mi sensibilidad histórica. Al visitar la antigua capital de Bolivia, no pude menos de trasladarme a la época virreinal; el conjunto armonioso de la «Ciudad Blanca», la elegancia de su arquitectura, las torres encaladas, las fachadas, espléndidamente barrocas, el prodigioso tesoro de sus cuadros y artesanía, las colecciones particulares, el señorío de sus moradores, el tono intelectual que preside la vida de esta ciudad universitaria; todo esto, en fin, alimentaba en mí la ilusión de poder alguna vez residir allí respirando ese ambiente cargado de historia y belleza.

Estas fugaces visitas me hacen soñar con alcanzar a visitar algún día regiones como Potosí, Oruro, Santa Cruz, Tarija, el Beni, pues la imagen de lo que ya he conocido me hace intuir la fuerte sugestión, que seguramente estas otras ciudades encierran.

Tales andanzas por el país y el hablar mucho con su gente, el escuchar, observar y convivir con los bolivianos, me han hecho pensar intensamente en esta tierra y me han aclarado frecuentemente las contradicciones que veía en su pueblo y en su historia. Contagiada por un error corriente en los países vecinos a Bolivia, tenía la tendencia a suponerla como un todo indivisible en que predominaba el altiplano; inconscientemente, hacía abstracción de mis estudios geográficos y olvidaba que existían otros paisajes, otros climas y ambientes. Fue ésta tal vez mi primera sorpresa: la enorme variedad de Bolivia; si bien me confirmaba en mi impresión de que el altiplano es vastísimo y de que gravita fuertemente con sus modalidades sobre el resto del país, también caía en la cuenta de que frente al mismo, y a pocas horas de tren o de automóvil, se encuentra uno con zonas subtropicales, cuyas tierras se cubren de coca, cafetales y plátanos, para ir cediendo cada vez más en altura hasta llegar a extensos llanos totalmente tropicales en que las plantaciones son reemplazadas por la selva tremenda y avasalladora.

En otras partes, en cambio, me tocó ver cómo ese altiplano duro y de vegetación escasa alberga inmensos lagos, verdaderos mares de agua dulce que, fertilizando su sequedad, extraen de esa tierra avara de que habla el poeta, peleándole palmo a palmo los faldeos de los cerros, fuerza suficiente para producir en terrazas altísimas junto al lago, maíz, cebada, oca y papas. El paisaje gris del altiplano se va haciendo verde en las escarpadas orillas del Titicaca, para llegar a un tono intenso en las tierras planas fecundadas por sus aguas.

Más allá, hacia el Sureste, el altiplano ya no alberga lagos, pero en cambio, cediendo altura, deja nacer entre sus secas serranías hermosísimos y exuberantes valles que, por no estar en zona tropical, no soportan climas muy intensos ni climas aplastantes y en los que crecen, en cambio, huertos feraces, donde se producen melocotones, peras, manzanas, melones, uva y otros variados frutos.

Esta vivencia me hizo comprender en seguida la variedad del temperamento boliviano: ¡estaba yo tan hecha a la homogeneidad chilena! Ahora me resultaba fácil comprender esa cosa hosca, callada y profunda que emana del indio aimara, que no sé por qué infunde tanto respeto, y que si bien abunda muchísimo, no permite, sin embargo abarcar a todos los bolivianos en una misma caracterización. Frente a ellos veía la alegría exuberante de la chola cochabambina,

que pregonaba su mercancía con más donaire, y que, sabiéndose graciosa y atractiva, meneaba sus faldas y balanceaba su altísimo sombrero, tomando posesión del autobús, de la calle o del mercado.

Alegre siempre, pero tal vez más señorial y distinguido, vi al pueblo en Sucre; diríase que el sello aristocrático de sus clases altas alcanza también al indio y al mestizo, que saben dar a su porte, a su charla y a sus afanes una sobriedad diferente a la del altiplano.

Y el paceño es distinto del beniano, y el cruceño diferente del tarijeño, y el hombre de los Yungas opuesto al del lago; estos contrastes no sólo se observan en el pueblo, donde predomina tan ricamente el rasgo indígena, sino también en el blanco de la clase media y de la clase alta. Todos quedan señalados por la zona en que habitan, y el regionalismo cobra una fuerte realidad, pues aunque todos se sienten muy bolivianos, la fuerza de la tierra propia les hace recelar unos de otros, creando a veces rivalidades o incomprensiones más o menos acusadas. Existe esta diversidad, pero por supuesto no llega al extremo de impedirnos hablar de rasgos comunes; los bolivianos tienen muchísimos elementos afines, que son los que dan tan fuerte personalidad a su gente y un encanto tan innegable al país.

Para mí, tal vez el rasgo más notorio de los bolivianos es su hospitalidad, que se da en todos los medios sociales; en la ciudad que sea nos encontraremos siempre con gente amable que fácilmente se siente amiga del extranjero y que le abre su casa, brindándole todo cuanto tiene y desviviéndose por el que llega. Yo estaba acostumbrada a nuestra hospitalidad, que siendo también muy grande, es, desde luego, bien diferente a la boliviana; nosotros abrimos fácilmente nuestro hogar, tal vez con más sencillez que en Bolivia, pero también con menos generosidad; hay una frase usual en Chile que expresa muy claramente esta característica: se dice que se invita «a la suerte de la olla», esto es, a lo que haya, a lo que ese día toca en suerte, dejando bien en claro que no se van a cambiar las cosas ni a gastar más ni a molestarse excesivamente por el que llega. En Bolivia, en cambio, se invita igualmente, pero al convidado se le hace sentir que se le pone la mejor reserva de la despensa, que por él se engalana la mesa y se despliega toda la habilidad culinaria de la dueña de casa.

A esta hospitalidad corresponde aparentemente una apertura anímica; en efecto, a primera vista parece que el boliviano se nos brinda íntegramente, llega a creerse incluso que nos está haciendo confidencia de sus cosas, de sus gustos, de sus problemas; pero, conociéndoles mejor, nos encontramos con algo diferente, pues son hombres prudentísimos que saben guardar siempre una parte de lo suyo y que detrás de la confidencia dejan siempre una reserva. Es que el boliviano es

hombre cauteloso, que sabe guardarse siempre la retirada, y esto porque es sumamente desconfiado y teme la reserva mental del otro.

El boliviano medio es inteligente y hábil; fácilmente capta las nuevas situaciones y descubre los medios de dominar toda clase de problemas. Así es como creo que en pocas partes pueden encontrarse mejores chóferes y más diestros mecánicos, que arreglan motores y desperfectos sacando partido de los medios más simples e inesperados.

Sin embargo, inmediatamente se advierte la contradicción; esas cualidades de adaptación parecerían corresponder a un hombre muy concreto y consciente de la realidad, ya sea social, económica o política; pero no, no es esto lo corriente: el boliviano es un hombre que vive frecuentemente en un plano irreal, proyectando quimeras y, si económicamente está corto, con seguridad estará pensando en empresas maravillosas que le proporcionarán fortuna; o si planea un futuro golpe político, ya estará haciendo listas ministeriales. Es una curiosa válvula de escape de la que yo solía escandalizarme, pero que después, cuando vi a tantas familias sufriendo penurias sin cuento al afrontar la dura experiencia del exilio, comprendí que no era un rasgo negativo, sino, muy por el contrario, contribuía ello a mantenerlos con el ánimo en alto y con la esperanza siempre viva de la vuelta a la patria, y a una patria que les retornaría con creces todo ese sufrimiento actual.

Esto, sin duda, tiene una justificación, pero no deja por ello de envolver algunos peligros. Muchas veces he pensado que el boliviano es poco constante y que tal vez a causa de ello no avanza en ciertos aspectos todo lo que pudiera, dadas sus cualidades. Observándole, creo que esto se debe en cierta forma a lo descrito más arriba: se aleja tan enormemente de la realidad que es incapaz de perseverar en el cuotidiano esfuerzo y está siempre a punto de iniciar otra actividad distinta u otra carrera u otro oficio, porque la verdad es que lo anterior no se ajustaba del todo a sus intereses, en tanto que de lo nuevo se espera toda clase de ventajas, hasta que también esto le cause hastío e inicie otro camino diferente.

Sin embargo, hay quizá un aspecto, una faceta en la que el boliviano no pierde su constancia, y es en el afán político; verdaderamente creo no haber encontrado pueblo que vibre con más intensidad en este sentido. Hombres y mujeres viven pendientes de la política, de discutir los planes del Gobierno, de los proyectos de reformas, siempre dispuestos a encontrarles fallas, a elaborar otros proyectos y organizar a su vez un golpe revolucionario para demostrar que el nuevo plan es superior. Y así va desarrollándose la vida pública en la que

se esteriliza en buena parte una energía que mejor canalizada podría dar tan buenos resultados.

Observando estos aspectos curiosos de un pueblo al que yo me siento tan íntimamente vinculada, he pesando muchas veces que lo que tal vez allí hacía falta era una sana corriente de sentido del humor; quizá unos cuantos chistes políticos habrían descargado esa honda tensión que agitaba los ánimos. ¡Cómo echaba de menos un periódico como *La Codorniz* española o el *Topaze* chileno! Pero, entiéndaseme bien, lo que yo echo de menos es un sentido del humor espontáneo, fácil, que apuntando al caso, no ahonde odiosidades, porque en Bolivia existe mucho sentido crítico y espíritu de observación; pero éste se vierte en una burla tajante o en un apodo acertadísimo, pero fuertemente cáustico, que si descarga la pasión de algún bando, crea resentimientos feroces en el ofendido. Por eso he celebrado mucho la aparición, en estos últimos años de «la noticia de perfil», crónica diaria de Paulovich, seudónimo de Alfonso Prudencio, que encarna precisamente este tipo de humor liviano de tanto contraste con el corrosivo ingenio a que tenían acostumbrados a los paceños otros escritores.

Esta agresividad cobra a veces feroces expresiones, dando lugar a los extremos inauditos que conocemos en muchos de los episodios de la historia boliviana. Se nos muestra así un tipo humano tajante, cruel, dominado por la violencia; sin embargo, yo no diría que la fiereza sea una característica del pueblo boliviano; más bien se diría que los desbordes en que abunda la vida pública boliviana son reacciones de gente pacífica que soporta cuanto huracán se viene encima, pero que de pronto estalla y deja salir su ira y su encono hasta volver nuevamente a la calma. Para mí esto tiene una comprobación evidente si pensamos que el pueblo boliviano ha tenido por más de diez años todo tipo de armas en sus manos y poco control de policía, viviendo durante un largo período sin ejército que le hiciera frente; no obstante, no dió margen a crímenes o asesinatos, y si éstos se cometieron, lo sabemos todos muy bien, eran organizados a través de entidades dirigidas por agitadores extraños al pueblo mismo.

Muy de acuerdo con esta mentalidad apacible y suave, el boliviano es sentimental en un grado superlativo; esto se ve en su música, en sus fiestas, en su literatura, en su sentido religioso, en su forma de amar, pero tal vez sobre todo en su reacción frente a la muerte. Hay casi un culto al difunto; pocas veces he visto algo semejante: el luto se lleva ostensiblemente y por años; si se recuerda al deudo, se hace su panegírico con un lenguaje especial y se derraman lágrimas perfectamente sinceras que no revelan sino eso: un sentimentalismo extre-

mado. Lo religioso en Bolivia, más que la identificación a un credo o la fidelidad a una moral, representa una respuesta tremendamente afectiva a una exigencia de derecho natural y divino. En Bolivia difícilmente se hallará una liturgia muy pura o un ritual muy canónico o una rigurosa oratoria sagrada, pero sí, en cambio, podrá apreciarse una exaltada vibración sentimental que acaso cala más hondo en el alma del pueblo. Esto se manifiesta clarísimamente en la celebración de las fiestas religiosas, en la invocación a los santos, a la Virgen o al Señor mismo y, sobre todo, en la conmemoración de Semana Santa, en que a la fiesta religiosa se une el sentimiento ante la muerte de Cristo, por quien curiosamente se lleva luto, poniendo el acento más en su muerte que en el misterio de su resurrección.

En el aspecto indudablemente grato que presenta la vida boliviana, atribuyo sin lugar a dudas una influencia decisiva al carácter de sus mujeres. En pocas partes he visto creaturas que reúnan tantas entrañables cualidades como en el caso de la mujer boliviana. Ella es dulce, sumisa, abnegada, fidelísima a su marido; tiene, además, un sentido maternal muy hondo, que no sólo proyecta sobre los hijos, sino también sobre su cónyuge, al que maternalmente acoge y perdona cuando éste incurre en olvidos o postergaciones de su propia familia. Esencialmente mujer de hogar, discurre actividades ingeniosas para resolver situaciones de apremio o de peligro. Paciente y humilde en momentos normales, se torna brava e indomable cuando ante una persecución es ella quien tiene que afrontar la adversidad. Está dotada de simpatía y gracia natural y, siendo muy laboriosa, se da, sin embargo, tiempo para llevar a los demás sus ricas virtudes de ternura y generosidad.

Cuando desde lejos, o en Bolivia misma medito un poco sobre las formas de vida que allí se dan, sobre la mentalidad de este pueblo, sobre su arquitectura, el trazado de sus calles, la disposición de sus mercados, el colorido de sus costumbres, llego siempre a la conclusión de que en pocas partes es posible apreciar de un modo más evidente y ajustado la transculturación de dos pueblos: Bolivia es una maravillosa expresión de una realidad mestiza.

Los conceptos decimonónicos, formulados por generaciones carentes de conciencia histórica, implicaban un menosprecio de lo indígena, de tal modo que la expresión «mestizo» era considerada como algo peyorativo. Aquellas generaciones se taparon los ojos para no ver los valores autóctonos que en Bolivia había. En el siglo XX, en cambio, en otra oscilación del péndulo, se dio el caso de gentes imbuidas de conceptos marxistas que quisieron identificar al pueblo indígena con un proletariado al que redimir, por lo que, olvidando nuevamente lo

mestizo del alma de este pueblo, menospreciaron cualquier valor de su pasado hispánico, destacando solamente el elemento original.

Desde una perspectiva actual, el error de ambas posiciones aparece claramente de manifiesto. El valor de Bolivia reside precisamente en su mestizaje. Este, por cierto, no sólo implica un intercambio sanguíneo, pues junto a esta base esencial se produce una simbiosis tal vez más interesante: la mezcla cultural, anímica, vital. Basta pasear la mirada a cualquier ciudad o aldea boliviana para comprender que existe allí un pueblo con un riquísimo sentido estético, que no es puramente indígena ni es colonial tan sólo. Si evocamos las maravillas arquitectónicas de Sucre, de Potosí, de La Paz o de cualquier villorrio altiplánico o mojeño, comprendemos cómo si bien obedecen a planos de arquitectos hispánicos, su elaboración es indígena. El indio no dejaba de imponer su huella, esculpiendo junto a la temática artística europea todos los motivos de la propia fauna, flora y mitología, produciendo aquel prodigio artístico del barroco americano.

Desgraciadamente, hay todavía en Bolivia quienes mantienen esta actitud de desprecio hacia uno de los dos componentes del alma nacional. Fácilmente se advierte que cuando los bolivianos se mantienen en sus moldes auténticos sin olvidar su rica tradición hispano-indígena, producen cosas dignas, sobrias y bellas, pero en cuanto surge allí ese unilateralismo excluyente o cuando se impone un exagerado afán por adaptarse a lo que llega de fuera, en injusto desdén para lo propio, es precisamente cuando se desentona y yerra.

Sin embargo, me parece justo considerar que esta actitud negativa puede también originarse en el enclaustramiento en que Bolivia se halla. La cercan con excesivo celo las selvas, las sierras y el desierto y esto la hace sentirse más conectada con el mundo, cuando olvidando lo propio se afana en copiar lo ajeno. No es el caso ni el momento de hacernos recriminaciones ni de remitirnos a arduos problemas internacionales, cosa que a mí menos que a nadie corresponde hacer ahora. Pero sí puedo decir con plena conciencia que el tono excesivo de muchas manifestaciones de la vida boliviana daría paso al necesario equilibrio si Bolivia también pudiera asomarse al exterior, pues al abrir sus horizontes geográficos hacia el océano, indudablemente alcanzaría un mayor auge económico, un mayor bienestar social, un apaciguamiento político y perspectivas culturales y espirituales más dilatadas.

María Eugenia del Valle de Siles
Avenida Arce, 2142
La Paz (Bolivia)